



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2018

Agustín Fernández Mallo
Trilogía de la guerra

ÍNDICE

- 9** **LIBRO PRIMERO**
Isla de San Simón (*Combustibles fósiles*)
- 217** **LIBRO SEGUNDO**
Estados Unidos de América
(*Mickey Mouse ha crecido y ahora es una vaca*)
- 381** **LIBRO TERCERO**
Normandía (*Los amos de la noche*)
- 491** **AGRADECIMIENTOS**

LIBRO PRIMERO

Isla de San Simón (*Combustibles fósiles*)

PRIMERA PARTE

Invitación y primer día

Damos por supuestas tantas cosas. La mañana del 15 de septiembre de 2014, habiendo desayunado y estando sentado a mi mesa de trabajo, el ruido de las obras de remodelación de la calle hizo que me olvidara de lo que en aquel momento estaba escribiendo y se cruzó en mi cabeza algo que el día anterior había visto en la televisión, un reportaje en el que se afirmaba que un décimo de la superficie terrestre se quema debido a causas naturales, y que viene ocurriendo sin descanso desde hace más de doscientos años. Si viéramos un mapa dinámico de todos los incendios que en este preciso instante se hallan activos en el planeta observaríamos multitud de zonas que en color rojo se propagan a la velocidad del viento, especialmente en África, continente al que los expertos en esta materia llaman Corazón del Infierno. Me asustó pensar que la existencia del humano moderno se hubiera venido desarrollando al lado de esa incandescente presencia.

Hace años, un amigo músico me contó que había pasado una larga temporada en una selva africana. Su inten-

ción era grabar el silencio de la naturaleza; concretamente en la selva que rodea al lago Tanganica, en Tanzania, segundo lago más grande y profundo del planeta; «tan profundo —me dijo—, que las aguas del fondo carecen de oxígeno, son aguas fósiles». Un helicóptero lo había dejado en un claro de un bosque sin nada más que una tienda de campaña, algo de ropa, comida de supervivencia y un montón de grabadoras, cintas magnetofónicas, micrófonos de ambiente y demás aparataje de registro sonoro. No vio ningún incendio, y si lo vio no me lo dijo, pero sí me contó que tras más de un mes vagando por esas tierras lo más llamativo había sido no hallar ni un solo instante de silencio. El modo en que día y noche el sonido de la naturaleza se metía en su cabeza es algo que me relató con verdadera inquietud, y no por tratarse de un sonido áspero o inarmónico, sino por su constancia e inmutabilidad. Meses después, y en viajes que realizó lo más encadenadamente posible, repitió esa experiencia en la selva brasileña, en los bosques de Alaska y en una estación polar muy al sur de la Patagonia para llegar a la conclusión de que en la naturaleza el silencio no existe, el silencio es un relato fantástico construido por nuestra cultura, un concepto, en definitiva, inventado. Y esto mi amigo no lograba entenderlo. O lo entendía pero se rebelaba contra ello. Las últimas noticias que tuve de él fueron que continuaba buscando una porción de silencio en el planeta.

La citada mañana del 15 de septiembre de 2014, esas y otras meditaciones se vieron interrumpidas por la llegada de un correo electrónico en el que por primera vez tenía noticia de la isla de San Simón, situada en la Ría de Vigo, en Galicia. Venía remitido por alguien que se hacía llamar Rómulo, y se trataba de la invitación oficial a participar en las Terceras Jornadas Nethinking, encuentro que,

por lo que entendí, a fin de reflexionar acerca de las redes digitales reunía a diversos profesionales de las comunicaciones así como a artistas que, como era mi caso, eventualmente utilizamos Internet como espacio y herramienta de creación. Hasta que no leí el mensaje un par de veces no ubiqué a Rómulo en mis recuerdos: habíamos intercambiado unas palabras en la presentación de un libro de un amigo común; poco más. La invitación aclaraba que los participantes se alojarían en el hotel de que dispone la isla —el email adjuntaba imágenes de excelentes instalaciones—, y me señalaba que asistiría Julián Hernández, a quien yo conocía no sólo por militar en la banda de rock Siniestro Total sino por asuntos relacionados con la literatura. Precisamente, la actividad que Rómulo me sugería era una mesa redonda con Julián. Admito que dudé. Lo que terminó por hacer que aceptara fue una peculiaridad que en aquel momento me pareció insólita: no habría público en vivo, el encuentro sería emitido en directo a través de diferentes canales de Internet. El email aseguraba que, por experiencia de jornadas de años anteriores, éstas contaban con gran seguimiento, sobre todo en España y Latinoamérica. Yo venía de una época de intensísimo trabajo, en la que apenas había salido de la isla de Mallorca, de modo que unos días en una isla distinta, me dije, no me vendrían mal.

Sólo horas después me di cuenta de que yo ya sabía algo acerca de la isla de San Simón; no comprendí cómo había podido olvidarlo. En el año 1995, los periodistas Clara María de Saá, Antonio Caeiro y Juan A. González habían llevado a cabo un documental filmado y un libro de igual nombre, *Aillados*, acerca de los años en los que ese peñasco llamado San Simón, que no mide mucho más que tres estadios de fútbol, había sido utilizado como cam-

po de concentración para quienes, sobre todo en la provincia de Pontevedra, se habían opuesto a los golpistas de la guerra civil española. Conservaba ese libro en algún lugar de mi biblioteca; de hecho, había viajado conmigo desde mi ciudad natal, La Coruña, hasta Mallorca, y había pasado por las al menos cinco viviendas en las que desde 1996 había venido residiendo. He organizado mi casa de tal modo que pueda tener todos los libros a la vista, no guardo ninguno en cajas, ni en armarios ni en trasteros, pero acumulo tantos —dos bibliotecas, cada una de algo más de tres mil volúmenes—, que tardé en encontrarlo. Contra todo pronóstico, y salvo un par de manchas de humedad, se conservaba intacto. Hojeé fotografías y testimonios de supervivientes. Algunas páginas referían la isla como un lugar propicio al hambre, los fusilamientos y la tortura; otras, como un lugar que resultaba más habitable que otros penales de la misma época. Volví a leer el email enviado por Rómulo. La isla es hoy gestionada por una fundación denominada Isla del Pensamiento. Sonaba bien. Isla del Pensamiento vs. Isla de la Represión, me dije. Me pareció entonces aún más sugerente la idea de quince personas aisladas para hablar de lo opuesto al aislamiento: las redes sociales. Quince personas que desde el autismo emiten ideas al mundo. A fin de observar la isla a vista de satélite, me asomé a Google Earth. Tiene una forma curiosa, es como dos bolas, una grande y otra más pequeña, unidas por lo que en la imagen me pareció un puente sobre una formación rocosa y verde de algas. En una segunda inspección me pareció la planta del aeropuerto Roma-Fiumicino. Este hallazgo me llenó de satisfacción porque, técnicamente, ese aeropuerto se llama Aeropuerto Intercontinental Leonardo da Vinci, lo que de algún modo le daba a la isla un aire secretamente renacentista.

Esa noche me acosté francamente emocionado con la idea del viaje. Tal como es mi costumbre, me quedé dormido intentando ver cuatro puntos blancos dentro de mis pupilas, cuatro puntos que años atrás flotaban ahí dentro cuando cerraba los ojos, y que en algún momento de mi vida se habían esfumado.

Volé desde Mallorca hasta La Coruña una mañana de octubre, y a la espera de que días más tarde vinieran a buscarme para trasladarme a la isla, situada, como he dicho, en la Ría de Vigo, me alojé en la casa familiar, en aquel momento deshabitada pues ya sólo es frecuentada en periodos estivales. Pocos días más tarde un chófer y yo rodábamos hacia el pueblo de Redondela, población en cuyo muelle habría de tomar el barco hacia la isla. Me abstraí en la línea de costa hasta que, tras casi tres horas, San Simón se recortó sobre el mar; lo hizo de pronto. Su vegetación, verde y espesa, parecía plata bajo el sol del mediodía. Minutos más tarde, una construcción, blanca y antigua, con base de piedra, se hizo visible entre esa maleza. Cuando llegamos al puerto ya me esperaba una pequeña lancha; yo era el último en llegar. Un marinero, joven, rubio, con gafas de sol, me indicó por señas que le diera la maleta. Hicimos el trayecto contra las olas, a saltos. A pesar del sol, el viento soplaba helado, y me cubrí con un grueso chubasquero. La isla se fue haciendo grande, y el edificio blanco, de unos cuatro pisos de altura y base de piedra, que había visto desde el coche, también se agigantó; su fachada posterior caía hasta incrustarse directamente en el mar. «Ése es el hotel», dijo el marinero señalándola. No creo que en ese momento en Galicia hubiera un lugar más conectado con el mundo que esa isla, a la que para el even-